

NOTAS E INFORMACIÓN

ESCRUTANDO LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS
(sobre la lingüística a fines del siglo xx)

I. Presentación

Como el resto de los campos disciplinares, la lingüística ha experimentado un rápido y gran desarrollo en las últimas décadas, manifestado en dos dimensiones: hacia fuera, con una considerable ampliación de sus límites, y hacia dentro, con un estudio mucho más detallado y profundo de sus terrenos tradicionales. Una idea de la naturaleza de semejante desarrollo la proporciona la comparación de los índices de los manuales de lingüística general de las décadas precedentes, y los de esta última. Se trata de una experiencia reveladora que recomendamos.

Este cambio vertiginoso (como en los tratamientos de texto, el Chomsky minimalista de 1995 ha dado paso al de 1998), este desarrollo, han transformado la lingüística en algo inabarcable, donde se mueven diversas especialidades que tienden al aislamiento, a desentenderse de lo que se hace fuera de su corriente o disciplina. Ya ha quedado atrás aquello que sucedió hasta los años setenta en que los catedráticos de universidad eran de lengua y literatura españolas, o de gramática general y estilística. Parece ya imposible que se repitan los ilustres ejemplos de Lapesa, Alarcos, Alvar, Lázaro Carreter..., que lo mismo trataban de la épica medieval, la poesía de Lope de Vega, A. Machado, Á. González o D. Agustini; del *Buscón*, el arte real del xv, el teatro de Moratín o la *Regenta*..., que escribían sobre la colocación del adjetivo, la fonología sincrónica y diacrónica del español, la yod medieval o los orígenes del seseo y ceceo, la naturaleza del artículo, las relaciones entre sintaxis y semántica, la función poética, los conceptos de lengua/dialecto/habla, el formalismo ruso o el realismo literario...

Todo esto ha quedado definitiva, o casi definitivamente, arrumbado. Los profesores universitarios ahora son de gramática, morfología y sintaxis, semántica estructural, historiografía lingüística, pragmática y análisis del discurso ... Y bastantes jóvenes se licencian en Lingüística, Teoría de la Literatura, Literatura Española, Traducción e Interpretación...

Naturalmente, tal cambio se ha manifestado en la terminología, un *Diccionario de términos filológicos* como el de F. Lázaro Carreter ahora sería impensable. La terminología actual se ha especializado tanto que muchos trabajos, sobre todo los de las corrientes formalistas, son claramente esotéricos. En los modernos estudios de fonología se habla de «autosegmentos», de «rejilla métrica», de «pie», de «rima»...; en los de morfología, de «reglas léxicas» y «posléxicas», de «estructura léxico-conceptual» de las palabras, de «(in)flexión», de «supermódulo flexivo»...; en los de sintaxis, de «sistema computacional», de «sintaxis implícita» o «explícita», de «forma lógica» y «fonética», de «interfaces», de «mando-c», «categorías vacías», «estructura multicapa»...; en los de semántica, de «operadores», «cuantificación», «proposición»...

Este cambio ha traído también una remoción de problemas y de cuestiones de actualidad. Basta con recordar los asuntos estrella de la lingüística española (en los departamentos de inglés o francés apenas se hacía entonces lingüística teórica) de hace quince o veinte años: la viabilidad de la semiología, la función poética, la lingüística del texto, las perifrasis verbales, el concepto de oración, los tipos de *se*, el suplemento, los complementos circunstanciales, la oración compuesta (con el asunto clave de las circunstanciales impropias), los campos semánticos... Todo esto ha caído en el olvido o ha cambiado tanto que resulta irreconocible desde el presente.

Nos encontramos, pues, ante una lingüística en incesante renovación, gigantesca, superespecializada y cada vez más técnica. Quizá no sea del todo innecesario pararse un poco a pensar semejante realidad intentando descubrir su sentido, las líneas maestras que la explican. Eso es lo que hemos perseguido. El presente artículo es una versión reducida y actualizada de nuestro Martí 1998 (cap. 5), a él remitimos para una información bibliográfica más detallada.

II. Contexto

De acuerdo con esa historiografía lingüística que tanto cultivo ha experimentado en los últimos años, resulta evidente que no puede entenderse periodo alguno de la historia de la lingüística al margen del contexto general en que se ha desarrollado. De él es de lo primero que va a hablarse.

1. *Atmósfera intelectual.*

1.1. *La crisis de lo moderno. La posmodernidad.*

El dato clave del clima intelectual de nuestros días proviene de la crisis de la modernidad, producida en este final de siglo y en cuya aparición se dan cita el anti-cientifismo de pensadores como Nietzsche o Wittgenstein, o el mayo del 68 (Echeverría, 1999, págs. 240-244). Es decir, la crisis de la filosofía y la ciencia dominante hasta nuestros días, que procede de la Ilustración, por no remontarnos a Galileo y a

Descartes, y cuyos dogmas han sido «la Razón, el Progreso, la Universalidad» (J. A. Marina).

Frente a ella se ha alzado el «posmodernismo», asociado a lo que en términos de Bachelard puede llamarse «epistemología no-cartesiana» (Popelard y Vernant, 1997, pág. 44). Notas de este posmodernismo son la aceptación del carácter ambivalente y plural de la experiencia humana, el rechazo de las grandes abstracciones totalitarias, «el descentramiento, la deconstrucción del claro y distinto sujeto cartesiano, la crítica de la teoría, los usos del desorden, la fragmentación, la ironía (...), la actitud lúdica o el desánimo» (Pinillos, 1997, pág. 339).

Tras semejantes ataques, la modernidad ha quedado notablemente afectada, como refleja esta situación del mundo occidental, en la que destacan el «todo vale», el relativismo, el desencanto ideológico, lo efímero, la moda y la tolerancia. O como muestra la propia ciencia de hoy, cada vez más abierta a la pluralidad, la indeterminación y la complementariedad, la globalidad y la modularidad, el relativismo y el sociologicismo, el dinamismo y lo computacional.

Naturalmente, esta crisis no ha acabado con la modernidad, como no acabó la crisis del siglo pasado, en la que se produjo la afloración de diversas tendencias irracionalistas. «El mundo occidental sigue siendo moderno todavía en muchas cosas», entre otras razones, porque no parece que pueda serlo de otra manera (Pinillos, 1997, pág. 333). Es más, los últimos aires parecen favorecer la propuesta de R. J. Bernstein de «un diálogo», una «comprensión» entre lo moderno y lo posmoderno. A esta ultimísima etapa podría aplicársele —siguiendo a J. A. Marina— la etiqueta de «ultramodernidad».

1.2. *Modernidad y posmodernidad en la lingüística de hoy día*

Como corresponde a su puesto dentro de las ciencias del hombre, la lingüística no ha permanecido ajena a esta crisis. De hecho, su estado actual puede contemplarse como una querrela entre modernos y posmodernos, escondida bajo etiquetas del tipo: cognitivismo digital y analógico, segregacionistas e integracionistas, formalistas y funcionalistas.

Liderando los primeros, Chomsky —al que se han aliado otros como J. Fodor o S. Pinker— ha atacado a sus adversarios funcionalistas, sociologistas, antropologistas, por su relativismo cultural, socavador de los grandes cimientos de la racionalidad y universalidad que sentaron Galileo, Descartes y la Enciclopedia. En los últimos tiempos, en los que ha caído en un misticismo propio de las últimas y más brillantes fases de los materialismos, Chomsky ha vuelto con renovados bríos a su defensa de lo que él llama una «aproximación naturalista», es decir, al monismo modernista según el cual no hay más camino para la ciencia que seguir el «estilo de Galileo».

En el bando posmoderno, el surgir y desarrollo de la investigación pragmática se vincula a Heidegger, Foucault, Derrida, Deleuze..., pensadores relacionados con la posmodernidad. En su teoría del signo lingüístico, Á. López invoca los nombres de Derrida o Lacan.

La polémica es compleja y revive viejas discusiones, pues tras el posmodernismo se encuentra el empirismo estructuralista, al que Chomsky y los suyos creían haber derrotado. La polémica presenta también tintes nacionalistas y de diferencias disciplinares: anglosajones y cultivadores de las ciencias duras y fuertes, en el bando moderno; europeos, científicos humanos y sociales, y filósofos, en el posmoderno. De este modo, un elemento importante en estos ataques a la posmodernidad es la inquina existente en Estados Unidos respecto a la intelectualidad europea (sobre todo, francesa), a la que acusan de nihilista, relativista, retórica y, esencialmente, vacía e impostora. Éste es un sentimiento presente en Chomsky y en los cultivadores de las ciencias *duras y fuertes*. El demoledor *Impostures intellectuelles* (París, Odile Jacob, 1997) de los físicos A. Sokal y J. Bricmont es quizá la manifestación más evidente de los últimos.

1.3. *Resurgir de la fenomenología*

Como manifestaciones más concretas también de esta crisis de la filosofía y la ciencia modernas, asistimos a una notable renovación del interés por la fenomenología tanto en su vertiente más filosófica (defensa del «bifurcacionalismo» y la noción de «intencionalidad») como psicológica (gestaltismo).

Como cada vez resulta más evidente (v. Caputo, 1997, pág. 24, n. 2; Veyrat, 1998; Martí, 1998, págs. 59-62, 76-77), la lingüística actual, muy especialmente la lingüística cognitiva, ha vuelto a abrirse a la teoría fenomenológica. De ello es un importante testimonio español la gramática liminar de Á. López García. La presencia fenomenológica es también visible en pragmática, en el análisis del discurso y de la conversación. En la primera, el concepto de intención es clave —aunque no sin críticas (Verschueren, Chomsky)— en la teoría de la Relevancia, Searle o Sánchez de Zavala. En el análisis de la conversación postulado por la etnometodología de Garfinkel, y desarrollado por Saks, Schegloff y Jefferson, se ha indicado el influjo de la fenomenología de Schutz.

1.4. *Otras novedades epistemológicas*

Continuando este recorrido por el panorama actual epistemológico, aparecen más manifestaciones de la crisis de lo moderno. Así, contemplamos movimientos como la «filosofía regresiva» del Círculo de Zürich —al que perteneció el fundador de la nueva retórica, Ch. Perelman— o el «pensamiento complejo» de E. Morin. Éste, frente a la «disyunción, reducción y abstracción» del pensamiento simplista, propone como objetivo la *unitas multiplex*, «la conjunción de lo uno y lo múltiple». Edgar Morin es un punto de referencia en la fundamentación de esa eco-socio-lingüística postulada por A. Bastardas (1996, pág. 22, trad. M.M.), «que parte del hecho de que las estructuras lingüísticas no viven desligadas de sus funciones sociales y que puede situarlas ecológicamente en relación con los subsistemas y suprasistemas que determinan su existencia».

Por otro lado, hay que anotar las novedades acaecidas en la lógica, siempre tan unida a la lingüística. A la lógica clásica «bivalente» le han empezado a suceder lógicas «divergentes» («difusa», «modal», «temporal»...), que rechazan el principio de «no-contradicción» (o de «tercio excluso») y que parecen indispensables en la construcción de los sistemas expertos, dentro de la Inteligencia Artificial. En el terreno de la metodología, resurge esa inferencia sólo probable que es la «abducción», originariamente vinculada a Aristóteles y a Peirce, y defendida por el mismo Chomsky o Givón (Martín Arista, 1999, pág. 21).

Pero, seguramente, lo más interesante se encuentra en Matemáticas. En ellas se asiste al orto de algunas teorías que están aplicándose —no sabemos con qué competencia— a los fenómenos lingüísticos (el cambio y la variación, los textos...) y que permiten soñar con lo que hasta ahora ha sido básicamente imposible: la matematización de la lingüística. Estas teorías, que están ahora en boca de todos, son la «caología», las teorías de «catástrofes» y de los «fractales». Este último concepto ha sido ideado para el tratamiento de sis temas complejos, caóticos, muy irregulares, como la economía, la meteorología o la arritmia cardiaca.

Finalmente, no puede olvidarse la «teoría de prototipos», surgida en filosofía y psicología, pero tan importante en las ciencias del lenguaje (Cifuentes, 1994, cap. 4; Moure, 1996, págs. 36-59), y de la que Putnam ha presentado una versión mejorada a través del concepto de «estereotipo» (Reboul y Moeschler, 1998, págs. 127-135). Con los prototipos puede relacionarse la noción matemática de los «atractores» (Bernárdez, 1995, págs. 114-119). Ya veremos la importancia de este nuevo instrumental en la consecución de las metas que tiene la nueva lingüística.

1.5. *El giro cognitivo.*

Todas estas novedades confirman la irrupción de lo posmoderno en la filosofía y en la ciencia general; pero lo posmoderno (y lo ultramoderno) no es sólo una crítica de la modernidad, sino también la expresión de un viejo descontento y su intento de superación. La ciencia moderna se ha manifestado muy eficaz en el estudio de las realidades materiales, aquellas que requieren un «espíritu de geometría»; pero siempre ha esquivado las realidades mentales, las que demandan un espíritu de *fi-nesse*» condenando a las disciplinas que las estudiaban a un orden inferior dentro de las ciencias. Como un nuevo intento de afrontar, de diversas formas, esta carencia multiseccular pueden entenderse las novedades que vienen indicándose.

De este modo, una de las característica más notables del actual panorama científico ha sido la constitución a partir de los años cincuenta de la ciencia cognitiva (o ciencia de la mente). En esta empresa multidisciplinar han convergido inteligencia artificial, neurología, antropología, etología, lógica, filosofía de la mente, psicología y, como veremos, lingüística. Su importancia ha sido tal que algunos hablan de «Paradigma Cognitivo» (De Mey) o de «revolución cognitiva» (Chomsky, 1998, pág. 70). El objetivo de esta macrociencia son los problemas del conocimiento y la co-

municación, cuya resolución podrá permitir la creación de máquinas que piensen y se comuniquen del modo que los seres humanos.

La lingüística ha sido especialmente sensible a esta revolución, y puede decirse que lo más representativo de ella es cognitivista. Así, se reclaman el generativismo, la pragmática relevante o algunas corrientes textuales.

No obstante, la etiqueta de lingüística cognitiva suele reservarse para una tendencia específica, que ha hecho del cognitivismo integracionista su base y cuyo modelo psicológico es el conexionismo (Langacker, 1995, págs. 367-368). Factores fundamentales en su formación han sido la crítica de la gramática generativa, a la que inicialmente pertenecieron muchos de sus más conspicuos representantes (G. Lakoff, Langacker, Fillmore); el funcionalismo tipológico, la ya mencionada teoría de «prototipos» de la psicología cognitiva (E. Rosch) o las tendencias «naturales» desarrolladas en la gramática generativa de los años setenta (Moure, 1996, págs. 249-250).

El postulado básico que caracteriza tan influyente corriente es que «el lenguaje no es una capacidad autónoma e independiente de otros ámbitos de la capacidad cognitiva humana» (Castañeda, 1997, pág. 68). Esta falta de autonomía se traslada a los ámbitos de la gramática, la semántica y la pragmática (cf. Cifuentes, 1994, págs. 86-87; Langacker, 1995; Castañeda, 1997, págs. 68-76) y hace que este cognitivismo se oriente hacia uno de los dos modelos comunicativos, el «analógico», caracterizado por la continuidad y las interrelaciones (López García, 1998, págs. 112-113).

Contrariamente, el cognitivismo chomskiano es segregacionista —«las unidades básicas [lingüísticas] no se derivan de otros sistemas perceptivos del ser humano, ni participan de otras funciones distintas de las verbales» (Bosque, 1998, pág. 47)— y su modelo comunicativo es el «digital», el que opera con elementos discretos (Chomsky, 1998, pág. 68).

2. Factores socioculturales

Además de la atmósfera intelectual, interesa todo ese «peso racional no cognitivo» (Laudan) que arrastran las teorías científicas por desarrollarse en unas determinadas circunstancias socioculturales. Éstas también se han sentido en el rumbo actual de las Ciencias del Lenguaje. De forma asistemática mencionamos algunas:

2.1. Como consecuencia de la prevalencia hegemónica de los Estados Unidos, todo aquello que queda fuera de la lingüística americana y de la lengua inglesa sólo puede tener una existencia local. Ahí está, como prueba, la importancia cada vez mayor de los departamentos de inglés. Precisamente, la apertura multicultural operada en los últimos años en los Estados Unidos ha producido, en el campo de las Ciencias del Lenguaje, un mayor interés por direcciones teóricas y lenguas foráneas. La etnicidad ha aparecido también en lingüística.

2.2. Incremento del número de instituciones y estudiosos dedicados a la lingüística. Ésta, como ciencia más o menos de primera, es muy antigua, pero la figura del lingüista profesional pertenece a nuestros días. Basta con ver las profesiones de los académicos de la RAE, que aparecen en las sucesivas ediciones del diccionario. El incremento de lingüistas profesionales coexiste en los últimos años con un gran paro en estos estudios, tradicionalmente, sin otra salida que la docencia, con más o menos investigación. El corrimiento de muchos hacia la lingüística aplicada —que ha abierto el mercado profesional— debe verse a la luz de este condicionante.

2.3. Los cambios sucedidos tras la 2.^a Guerra Mundial (descolonización, nacimiento de nuevas naciones y organismos internacionales, nacionalismos, democratización de la enseñanza...) han coadyuvado al nacimiento y espectacular desarrollo de disciplinas como la recién mentada lingüística aplicada o la sociolingüística.

2.4. Sobre esta última, es interesante la relación existente entre el nacimiento de la sociolingüística variacionista de Labov y ciertos condicionamientos externos surgidos en la Norteamérica de los años sesenta (Villena, 1996, págs. 140-142). En esta época, caracterizada por hechos como la presidencia de Kennedy, los problemas raciales, Cuba o la guerra del Vietnam, adquiere un notable protagonismo la intelectualidad «liberal», a la que han pertenecido Z. Harris, Chomsky o Labov. Próximo a este horizonte ideológico es el movimiento europeo del 68, al que se ha hecho referencia por su peso en la aparición del posmodernismo.

2.5. El reconocimiento de la realidad plurilingüística de los estados. El turismo, los viajes profesionales y, en general, la mejora de las comunicaciones han supuesto un gran incremento del contacto con el exterior y, con él, del conocimiento de las lenguas extranjeras. Tal elemento es otro factor del auge de la enseñanza de las lenguas extranjeras y de esa lingüística tipológico-cognitiva, tan característica de esta última década y que tan decisiva ha resultado en la evolución de las teorías lingüísticas. Seguramente, detrás de esta nota (y de la siguiente) hay que volver otra vez al posmodernismo y su reconocimiento de la diversidad (cf. López García y Morant, 1998, págs. 321-322).

2.6. El interés por la ecología. Importa el medio para preservarlo, particularmente en sus especies amenazadas (entre las que están las lenguas y culturas minoritarias); pero también importa el medio para estudiar su relación con los sistemas «abiertos» objeto de estudio, por ejemplo, las lenguas (Bemárdez, 1995, págs. 122-124, 138-142).

Tal auge de la ecología, junto a otros factores más internos, explica el afán de corrientes y programas de investigación por bautizarse como «natural». Son los casos de la fonología generativista (Kiparsky, Venneman, J. B. Hooper) surgida como reacción al excesivo abstraccionismo de *The Sound Pattern of English* (1968) de Chomsky y Halle; de la morfología natural de Dressler y Wurzel, de la lógica natural de G. Lakoff, de la ontología natural de Sánchez de Zavala, de la pragmática natural de J. Calvo, de la computación natural de C. Martín-Vide... A su vez, las gra-

máticas funcionales de Dik y Halliday se autocalifican de naturales. También, el análisis lingüístico vinculado a la gramática cognitiva de Langacker (Cifuentes, 1994, págs. 28-30). En un marco teórico no muy lejano, D. Dubois postula una categorización natural.

2.7. La aparición del ordenador y las tecnologías a él vinculadas. Este factor ha revolucionado la vida profesional y científica del hombre de fines de siglo. El lingüista, la lingüística, no escapan a él. Las nuevas tecnologías han permitido una intercomunicación entre los especialistas de una manera hasta la fecha imposible, con el consiguiente desarrollo disciplinar. Han permitido almacenar y utilizar un conjunto ingente de material, que ha dejado obsoleta la manera tradicional de trabajar y ha obligado a modificar presupuestos firmemente arraigados. A todo ello se suma que el ordenador ha dado lugar a una de la metáforas más seguidas para representar el funcionamiento de la mente humana y, dentro de ella, de la facultad del lenguaje. Cuanto más uno lee acerca de la inteligencia artificial y de los sistemas inspirados en ella, más piensa en las conexiones entre esta línea de investigación y Chomsky y sus rivales del funcionalismo cognitivista. Auroux (1996, cap. 8) presenta al respecto un iluminador panorama, con motivo de lo que denomina la «tercera revolución techno-lingüística».

2.8. Las nuevas tecnologías han favorecido esa manera de trabajar conocida como «gran ciencia». En ella, los investigadores no actúan en solitario sino integrados en grupos, donde se manejan importantes presupuestos económicos con una gran infraestructura. La lingüística se ha sumado a la gran ciencia, habitual en las ciencias fuertes y duras pero no muy extendida en las humanidades, donde muchos todavía iban por libre. Una de las consecuencias de semejante cambio en la estructura del sistema investigador ha sido un control mucho mayor de los individuos, los cuales saben que fuera de un grupo fuerte están condenados a la inexistencia.

2.9. Un poco en la línea de lo apuntado por Feyerabend sobre la proximidad entre ciencia y arte (Echeverría, 1999, págs. 236-239), son notables los puntos en común entre determinados movimientos artísticos y ciertas corrientes en lingüística. El «minimalismo» en lingüística, ligado sobre todo a Chomsky pero no sólo a él, no es una rareza en el mapa intelectual. Coincide con otros minimalismos en arquitectura (Pawson), cine y literatura (Carver, Barthelme, Beattie), lo que hace pensar en una tendencia general. En la poesía española se habla también de minimalismo, vinculado al conceptualismo y a la «poética del silencio». Por su parte, W. V. O. Quine, cuyo behaviorismo ha suscitado tantas reservas en Chomsky, se asocia a un minimalismo reductor lógico, epistemológico (simplificación de la teoría y la clarificación de nuestro esquema conceptual) y ontológico (la realidad «últimamente» es sólo física) (Grillo, 1997, págs. 27-33).

III. El cambio en la lingüística actual

1. *El interés por el funcionamiento de las lenguas*

1.1. *La atracción por la realidad más inmediata y ampliación de los límites*

Todo este clima general se refleja en la lingüística de hoy. En ella, como se repite ya *ad nauseam*, lo primero que sobresale es la reacción que se ha operado contra esa postura de operar con objetos demasiado restringidos y abstractos (*langue*, competencia gramatical), característica durante décadas de los modelos teóricos dominantes (glosemática, generativismo, ejemplarmente), todos ellos impregnados del abstraccionismo que se inicia con Saussure. El rechazo de este exceso de abstracción, tan perseguido por Feyerabend (Edgley, 1997, pág. 28), es otra inequívoca manifestación en lingüística de la crisis de la modernidad.

La reacción contra el abstraccionismo ha supuesto el cuestionamiento de los tres grandes dogmas —la idea es de Givón (cf. Martín Arista, 1999, pág. 21)— de la lingüística de este siglo: a) la arbitrariedad del signo lingüístico, b) la idealización, por la que la lingüística sólo estudia las realidades abstractas (lengua, competencia gramatical), y c) la separación sincronía/diacronía. Tal reacción es una muestra más de la continua y relativa «vuelta táctica» —la expresión es de Ortega y Gasset— de todos los saberes, puesto que a fines del siglo pasado también se produjo una vuelta a la realidad más inmediata —aunque no sabemos si más «real» (Bosque, 1998, págs. 33-34)— del hablar. Así lo refleja la aparición, a fines del xix, de la fonética experimental y la dialectología moderna (geografía lingüística).

Con tal reacción, la lingüística reclama intereses más amplios y, al mismo tiempo, concretos, más atentos a ese subconjunto de la acción humana que es la lengua «real», cada vez mejor conocida gracias a los *corpora* lingüísticos (Candilja Reina, 1998). Para que tal cambio haya podido producirse sin renunciar al estatuto de ciencia, la lingüística ha empezado a valerse de todo ese nuevo instrumental epistemológico y metodológico que acaba de referirse (ecología, teoría de sistemas, teoría de catástrofes, caología, atractores, conexionismo, computación natural).

1.2. *La nueva concepción del sistema lingüístico. Dispersión e irregularidad*

Directamente conectado a lo anterior, la idea dominante de la lengua como un sistema «uniforme», «estable» y «abstracto» ha sido sustituida por otra en la que se destaca su carácter complejo, dinámico y abierto (Bernárdez, 1995, pág. 138), y en la que se habla de «continua», de regularidades, tendencias o escalas (y no de «cajas cerradas», discreción o reglas). Una de las manifestaciones más notables de ello son los conceptos semánticos de «prototipo» y su versión mejorada de «estereotipo».

No se renuncia a la idea de que la lengua es un sistema, pero ya sin la correspondencia *sistema* <—> *lengua descontextualizada, regularizada y estandarizada*. Una de las grandes aportaciones teóricas de Labov y su escuela es haber destacado el carácter sistemático de la «variación». Desde la sociolingüística también, K. Røtætxe (1996, págs. 313-319), sirviéndose de la «Teoría general de sistemas» de Bertalanffy, concibe la lengua como «sistema de comunicación social», compuesto por un conjunto dinámico de subsistemas interrelacionados y abierto a su entorno (v. Bernárdez, 1995, págs. 122-124, 138-142).

2. Las tendencias ocultas

Los últimos cambios han devuelto actualidad a «paradigmas perdidos», a «tendencias ocultas fuera del canon», haciendo buena la afirmación de Feyerabend de que «no existe ninguna idea, por antigua y absurda que sea, que no pueda mejorar el conocimiento» (Echeverría, 1999, págs. 233-234). Pero, sobre todo, la idea de Bachelard de que los avances teóricos suponen la recuperación de viejas teorías, debidamente integradas en un teoría superior (Popelard y Vernant, 1997, págs. 44-45). A veces, como ha sucedido con las leyes de Mendel y la biología molecular, tiene que producirse un avance teórico para que se entienda una teoría anterior incomprendida en su tiempo.

Ahí está el ejemplo del círculo Bajtin (Bajtin y los autores a él asociados). En la fecha tan temprana de 1929, criticó el «objetivismo abstracto» de Saussure al destacar la dimensión dialógica del lenguaje. La moda bajtiniana de estas tres últimas décadas se explica por su relación con el concepto de hipertexto, y con diversos «pos» (posmodernismo, posestructuralismo y posmarxismo) (I. M. Zavala, 1991; Ponzio, 1998).

Son los casos, en nuestra tradición, de E. Benot, R. Lenz, Gili, D. y A. Alonso (ejemplarmente estudiados por J. Polo), que comparten renovado interés con Bello y S. Fernández (más estudiados por lingüistas del polo formal). O los casos, en la tradición francesa, de A. Meillet (en algunos puntos tan antissausureano), F. Brunot (*La pensée et la langue*, 1936), Guillaume, Grevisse; y, en la inglesa, de A. H. Gardiner.

Los nuevos aires han resucitado viejas diciplinas y líneas de investigación como la retórica, la estilística, la psicossistemática, la sociología del lenguaje (representada por la escuela francesa); la geografía lingüística, la comparación lingüística, el misterio y problema del origen del lenguaje, o la lingüística histórica. Esta última se ha visto favorecida por el interés sociolingüístico hacia el cambio en las lenguas y por las dimensiones cognitivas de fenómenos como la gramaticalización o la metáfora.

En fin, el cambio de los últimos tiempos ha hecho emerger también ese fondo antropológico, nunca desaparecido por completo, de la lingüística americana. La revitalización de tal fondo ha coincidido con un nuevo interés y estimación por la hipótesis Sapir-Whorf y el relativismo lingüístico.

3. *Polos formal y funcional*

Es habitual referirse a la situación hodierna (versión lingüística de la oposición modernos/posmodernos) aludiendo a los dos paradigmas o polos contrapuestos: «formal», representado por el generativismo pero no sólo por él, y «funcional». Para indicar seguidamente que se ha producido un triunfo del segundo, al que se asocian, además de un conjunto muy amplio de corrientes funcionalistas, s.s., la lingüística antropológica (Hymes, Gumperz), la sociolingüística de Labov, el análisis del discurso y de la conversación, y las corrientes pragmáticas.

Como todas las simplificaciones, el aserto debe mirarse con precaución. Pues el tópico inicialmente revelador, en un segundo momento, debe reemplazarse por una visión más completa y matizada, en la que se atienda también al papel de pivote ejercido por el generativismo (Martí, 1998, págs. 85-87), y a otros datos de signo contrario como la vuelta al isomorfismo hjelmsleviano por parte de la Escuela de Edimburgo o la Fonología de Dependencias, el gran cultivo de la semántica formal de inspiración montagueana, la indudable relación de la pragmática relevantista con el generativismo...

Por otra parte, no puede hablarse sin más de enfrentamiento entre ambos paradigmas, resuelto con el triunfo de uno de ellos. Primeramente, porque tales paradigmas están constituidos por corrientes heterogéneas y porque ambos comparten el mismo *esprit de siècle*, como prueba el que en uno y otro haya movimientos que responden a las etiquetas de cognitivista o/y funcionalista. En segundo lugar, porque la oposición no es tajante y existen notables interconexiones, entre otros motivos, porque muchos extremismos van suavizándose. Un ejemplo, el último generativismo del Programa Minimalista, frente al modelo anterior de Principios y Parámetros, admite el carácter continuo de la computación gramatical; y, además, ha suavizado el autonomismo reconociendo que:

la facultad del lenguaje está contenida en la arquitectura más amplia de la mente/ cerebro. Interactúa con otros sistemas que imponen al lenguaje las condiciones que debe satisfacer para ser finalmente útil (Chomsky, 1998, pág. 74)

Por consiguiente, el consabido esquema de los dos paradigmas y el triunfo del polo funcionalista es sólo la parte más evidente de la verdad. En gran medida, al igual que el resto del panorama científico, la lingüística actual recuerda una «constelación», un «campo de fuerza», que puede representarse —siguiendo una imagen de Jay— como «una interacción relacional de atracciones y repulsiones que constituye la estructura dinámica transmutacional de un fenómeno complejo» (Nieto, 1997, pág. 193). En este campo de fuerza encontramos, de diversos modos relacionados, elementos claramente regresivos del pasado, elementos del pasado que se han robustecido y elementos más novedosos, surgidos como reacción a los anteriores y cuyo triunfo no ha sido total.

IV. ¿Hacia dónde va la lingüística? (la lingüística del futuro)

La situación presente nos conduce a esta interrogante. Ante ella se ofrecen dos respuestas fundamentales, que se asocian a los dos polos estudiados y a las dos estrategias científicas que los acompañan: la reduccionista y la contextualista (Reboul y Moeschler, 1998b, págs. 31-32). Y nos conduce porque, tras ellas, aparece también un juicio respecto a los cambios descritos, característicos de la lingüística más representativa y —en términos de Lakatos— «progresiva» de este momento. Ambas respuestas tienen sólo un valor relativo, pues el futuro es básicamente impredecible. Pero, en la medida en que éste puede anticiparse, entre otras razones porque ciertas constantes se repiten en la historia, ambas respuestas anuncian un futuro —científico y profesional— de una lingüística mucho más rigurosa, que no podrá existir aislada de otros campos del saber, pero que, seguramente, ya habrá roto las amarras con su compañera de tanto tiempo, la literatura (v. López García, 1998, pág. 121; Bosque, 1998, págs. 48-49).

1. *La lingüística, ciencia natural*

Para los representantes generativistas, muy seguros de que el camino iniciado por ellos es el bueno:

las iniciativas más importantes de la investigación actual tomaron forma hace sólo cuarenta años, cuando se restablecieron y reconstruyeron algunas de las principales ideas tradicionales, dando paso a lo que ha demostrado ser un enfoque muy productivo (Chomsky, 1998, pág. 67).

No hay duda de que a la lingüística sólo le cabe ser una ciencia natural, «esperando la unificación final con el ‘núcleo’ de las ciencias naturales» (Chomsky, 1998, pág. 161).

Ha de ser una ciencia natural, en cuanto a la manera de concebir su objeto de estudio, ese componente del cerebro, ese ámbito del mundo biológico que es la facultad del lenguaje, sobre la que han de construirse teorías explicativas. Ha de ser, asimismo, una ciencia natural, en cuanto a la manera de estudiarlo, que es la de las ciencias físicas. Y para actuar como ellas hay que conjugar empirismo y explicitud formal, lo que exige «aislar sistemas coherentes que sean susceptibles de ser estudiados naturalistamente» (Chomsky, 1998, pág. 99). Tal exigencia explica ese reduccionismo generativista que rechaza relacionar las estructuras lingüísticas con sus funciones, o estudiar esa facultad del lenguaje en relación con otros sistemas, «puesto que lo que se pretende es separar los principios ‘físicos’ de los que proporcionan los demás sistemas» (Bosque 1998, pág. 51). Ya sabemos que este último rechazo ha quedado condicionado en el Programa Minimalista.

Con tales presupuestos, no puede extrañar que, entre los generativistas, lata la idea de que las notas más llamativas de la lingüística actual, representadas por sus rivales del polo funcionalista, son un error del que la lingüística del futuro deberá liberarse, un camino equivocado residuo de ese pasado humanístico (los europeos) o empirista (los americanos), en el que todavía viven presos muchos expertos. Claro que algo parecido dijeron de él sus adversarios distribucionalistas cuando Chomsky emergió hablando de ideas innatas o del aspecto creativo del lenguaje.

2. *El test de Turing (el tratamiento científico de la comunicación: Procesos códicos e inferenciales. Digital y analógica)*

En 1950 A. Turing proponía el test que lleva su nombre, según el cual puede afirmarse que una máquina piensa en la medida en que es capaz de sostener una conversación de la misma forma que un ser humano. Hasta la fecha, tal test no ha podido satisfacerse y, consiguientemente, tampoco el objetivo que encierra y que cae dentro de la inteligencia artificial (y por tanto de la ciencia cognitiva). Sin embargo, a lo mejor la lingüística del siglo xxi puede ser agente clave frente a semejante reto.

Así lo presagian algunos avances centrados en el área pragmática (Reboul y Moeschler, 1998, págs. 179-180). O esos formalismos lógicos de la representación textual, cuyo ejemplo más conocido es la «Teoría de la Representación del Discurso» (TRD) de H. Kamp y U. Reyle. N. Asher ha desarrollado una «Teoría Segmentada de la Representación Discursiva», en la que se extiende la «semántica dinámica» para dar cuenta de la estructura discursiva y sus efectos semánticos sobre la interpretación de los discursos. La TRD ha sido ampliada por Lascarides y el mismo Asher con un componente pragmático, que constituye un modelo del cálculo formal de las inferencias discursivas, dentro de una teoría del razonamiento falible (Moreno Cabrera, 1994, págs. 396-400).

Esta idea de que la lingüística se encamina a afrontar el test de Turing corresponde a aquellos que protagonizan las características principales de la última lingüística, ilusionados con su ampliación del objeto de estudio, su interés por el uso «real» y por la interacción de los diversos sistemas.

Entre nosotros, Á. López García es un buen ejemplo de ello. Para él, «la Lingüística del siglo xxi será sobre todo una *Comunicología*» (López García, 1998, pág. 108). Esta nueva ciencia, valiéndose de los instrumentales proporcionados por la teoría de la ciencia actual, podrá hacer frente a los dos tipos de cognición/comunicación (digital y analógico), y a los dos procesos implicados en la comunicación, el código (u ostensivo) y el inferencial.

Tales procesos comunicativos no sólo implican el módulo cerebral lingüístico sino también los módulos conceptuales vinculados a la interpretación pragmática (Reboul y Moeschler, 1998, pág. 68); y su estudio, el concurso de diversos saberes. Por lo tanto, el futuro de la lingüística es la desaparición, integrada en la ciencia cognitiva o, aún más lejos, en las ciencias biológicas (Popelard y Vernant, 1997,

pág. 89; López García, 1998, pág. 116). Igual que propone el mismo Chomsky aunque, como hemos podido ver, a partir de un razonamiento diferente. Así contempladas las cosas, estructuralismo y generativismo se hallan abocados a un pronto final, puesto que representan el pasado (López García, 1998, pág. 115).

Esta lingüística futura no parece contradictoria con esa lingüística humanística propugnada entre otros por J. A. Marina, en la que se devuelvan «la palabra y las ciencias que la estudian al mundo azacanado, terrible y conmovedor de la vida» (Marina, 1998, pág. 17). Por tales derroteros van algunos de los aires actuales.

3. Exigencias de esta lingüística futura

Un hermoso programa, un hermoso porvenir. Sin embargo, una cosa son los sueños y otra, hacer ciencia. En todo ser humano late la aspiración del todo, de la integración armónica de las diferencias. En los tiempos actuales, tal anhelo es muy fuerte. En física, se busca la «ley del todo» que pueda explicar todos los fenómenos. Pero la realidad empírica es muy compleja y, por ejemplo, en lo que respecta a los biólogos, existe una resistencia a la reducción explicativa y se admite también la actuación de lo contingente.

Por eso, y ya volvemos a la lingüística, hay que ser cuidadosos con ideales tan seductores, como los que se presentan en esta lingüística del futuro. Están bien y cumplen un indudable papel, pero si quiere ser ciencia esta lingüística por la que luchan muchos, deberá tener muy en cuenta las críticas formuladas por sus adversarios generativistas, respecto a la falta de exhaustividad o al manejo de entidades imprecisas y de difícil verificación. Tenemos ahora en la cabeza la crítica a la noción de discurso formulada por Reboul y Moeschler (1998b), para quienes el discurso no es una «unidad científicamente pertinente». Estos exámenes críticos cumplen un papel muy importante, pues los entusiasmos tienen sus riesgos y siempre está ahí la tentación de dejarse llevar por lo fácil.

Del mismo modo, la lingüística que se anuncia deberá hacer caso a esos reproches que, por parte de científicos de las ciencias fuertes y duras, se nos formulan acerca de la irresponsabilidad con la que manejamos teorías y conceptos provenientes de otras ramas del saber, sobre todo de las matemáticas. Una cosa es «quedar bien» ante un auditorio de lingüistas, afectados muchos de ellos por «el complejo de ser de letras» y con dudosa competencia en matemáticas; y otra muy distinta manejar con precisión conceptos que exigen una base en esa ciencia, que no es fácil de adquirir cuando se proviene de campos disciplinares alejados.

Asimismo, es desde este rigor desde el que deben analizarse los análisis y doctrinas formalistas y funcionalistas. Y el rigor exige conjugar inteligencia y esfuerzo. Tiene mucha razón I. Bosque (1998, pág. 49) al lamentarse de que

no existen demasiados trabajos en los que se comparen detenidamente las propuestas «formales» y las propuestas «funcionalistas» discursivas sobre los mismos fenómenos

Pero el análisis empírico no basta, puesto que algunas de las afirmaciones de formalistas y funcionalistas tienen un grado de abstracción que obliga a un esfuerzo intelectual diferente: el de repensar sus ideas intentando integrarlas en la realidad del lenguaje a la que apuntan. Un camino interesante que abre nuevas perspectivas en este examen de las posiciones formalistas y funcionalistas se encuentra en ciertas teorías que en los últimos tiempos han aparecido sobre el origen del lenguaje, ya con una apoyatura factual mayor que las de antaño (v. Pérez Ocón, 1996; Aitchison, 1996).

Referencias bibliográficas

- Aitchison, J. (1996): *The Seeds of Speech. Language Origin and Evolution*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.
- Auroux, S. (1996): *La philosophie du langage*, París, PUF.
- Bastardas, A. (1996): *Ecologia de les llengües. Medi, contactes i dinàmica sociolingüística*, Barcelona, Proa.
- Bernárdez, E. (1995): *Teoría y epistemología del texto*, Madrid, Cátedra.
- Bosque, I. (1998): «La competencia gramatical», en J. J. Acero (ed.) (1998): *Filosofía del lenguaje I. Semántica*, Madrid, Trotta, págs. 27-56.
- Caputo, C. (1997): *Materia signata. Tras las huellas de Hjelmslev*, Valencia, Episteme, Col. Eutopías, Documentos de Trabajo n.º 173.
- Candalija Reina, J. A. (1998): «Sobre la cientificidad de la gramática: el uso de *corpora* informatizados como método de análisis lingüístico», en J. L. Cifuentes (ed.), 1998, págs. 295-307.
- Castañeda Castro, A. (1997): «Lenguaje y cognición. La propuesta de la lingüística cognitiva», en J. de D. Luque y A. Pamies (eds.), *Panorama de la lingüística actual*, Granada, Universidad de Granada, págs. 67-97.
- Cifuentes, J. L. (1994): *Gramática Cognitiva. Fundamentos críticos*, Madrid, Eudema.
- (ed.) (1998): *Estudios de lingüística cognitiva I*, Alicante, Univ. de Alicante.
- Chomsky, N. (1998): *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje*, Barcelona, Prensa Ibérica (Trad. esp.).
- Echeverría, J. (1999): *Introducción a la metodología de la ciencia. La filosofía de la ciencia en el siglo XX*, Madrid, Cátedra.
- Edgley, R. (1997): «Anarquía en la Academia», *Revista de Occidente* 196, págs. 19-30.
- Grillo, É. (1997): *La philosophie du langage*, París, Seuil, Colección Mémo 77.
- Langacker, R. W. (1995): «Cognitive Grammar», en E. F. K. Koerner y R. E. Asher (eds.), *Concise History of the Language Sciences From the Sumerians to the Cognitivists*, Cambridge, U. K., Pergamon, págs. 364-368.
- López García, Á. (1998): «La lingüística del siglo xxi», en B. Gallardo Paúls (ed.), *Temas de Lingüística y Gramática*, Valencia, Univ., págs. 106-121.

- y R. Morant Marco (1998): «La posición de la lingüística cognitiva en el desarrollo histórico de los modelos gramaticales», en J. L. Cifuentes (ed.), 1998, págs. 319-327.
- Marina, J. A. (1998): *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama.
- Martí Sánchez, M. (1998): *En torno a la cientificidad de la lingüística: aspectos diacrónicos y sincrónicos*, Alcalá de Henares, Univ. de Alcalá.
- Martín Arista, J. (1999): «La gramática de Dik y las teorías funcionales del lenguaje», en C. Butler y otros, *Nuevas perspectivas en Gramática Funcional*, Barcelona, Ariel, 13-39.
- Moreno Cabrera, J. C. (1994): *Curso universitario de lingüística general. II. Semántica, pragmática, morfología y fonología*, Madrid, Síntesis.
- Moure, T. (1996): *La alternativa no-discreta en lingüística*, Santiago, Universidade.
- Nieto Blanco, C. (1997): *La conciencia lingüística de la filosofía. Ensayo de una crítica de la razón lingüística*, Madrid, Trotta/Fundación Marcelino Botín.
- Pérez Ocón, P. (1996): «A propósito de *Lenguajes y Especies*», *Pliegos de la Ínsula de Barataria* 3, págs. 179-195.
- Pinillos, J. L. (1997): *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Ponzio, A. (1998): «Alteridad bajtiniana», en *La revolución bajtiniana. El pensamiento de Bajtin y la ideología contemporánea*, Madrid, Frónesis/Cátedra/Univ. de València, págs. 117-130.
- Popelard, M-D. y D. Vernant (1997): *Les grands courants de la philosophie des sciences*, París, Seuil, col. *Mémo* 58.
- Reboul, A. y J. Moeschler (1998): *La pragmatique aujourd'hui. Une nouvelle science de la communication*, París, Seuil.
- (1998b): *Pragmatique du discours*, París, Colin.
- Rotaetxe, K. (1996): «Lenguaje y sociedad: sociolingüística», en C. Martín Vide (ed.), *Elementos de lingüística*, Madrid, Síntesis, págs. 307-339.
- Veyrat, M. (1998): «Concepción fenomenológico-perceptiva del lenguaje», en J. L. Cifuentes (ed.), 1998, págs. 353-363.
- Villena, J. (1996): «Perspectivas terapéuticas y emancipadoras de la génesis de la investigación variacionista», en J. de D. Luque y A. Pamies (eds.), *Primer Simposio de Historiografía Lingüística*, Granada, Universidad de Granada, págs. 132-148.
- Zavala, I. M. (1991): *La posmodernidad y Mijail Bajtin*, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral A169.